



Capítulo 455: Madre Araña Real

El sonido de los pasos de Virgilio sobre la vegetación seca se fue apagando cada vez más. Cada rama que se rompía, cada hoja que se desmoronaba bajo sus botas era tragada por un pesado silencio, como si el propio bosque tuviera miedo de despertar lo que le esperaba. Siguió adelante, guiado no por sus ojos, sino por un hilo invisible de energía que sentía pulsando bajo la tierra como una arteria viva.

Las redes ahora cubrían todo—troncos, rocas, incluso el cielo parecía haber sido cosido con hilos blanquecinos que filtraban la luz y teñían el mundo con una palidez espectral. El olor en el aire era más denso, ya no sólo polvo y sangre, sino algo antiguo... y latente.

Zuri, acurrucado sobre el hombro de Vergil, estaba extrañamente tranquilo.

Él se dio cuenta.

"Has estado demasiado callado. Extraño viendo de mi narrador favorito de la desgracia."

Zuri no respondió de inmediato. Sus pupilas estaban dilatadas y su cola estaba envuelta alrededor de sí misma en un tenso agarre.

"Estoy... sintiendo algo. No sé qué. Pero es malo."

Vergil levantó una ceja. "Sentir que algo está mal es normal. Pero esto parece diferente."



"Eso es porque es diferente. No es sólo miedo. Es como si algo estuviera... mal. Con espacio. Con el tiempo. Algo que no debería estar aquí."

"Razón de más para que vaya a echar un vistazo."

Zuri resopló indignado. "Eres adicto a caminar hacia el abismo."

"Sí," dijo con una sonrisa. "Pero mira el lado positivo: cada semana hay una cueva diferente."

Más adelante, los árboles comenzaron a abrirse, formando un corredor natural. Al final se reveló una estrecha abertura entre dos rocas gigantes, casi oculta bajo capas de red tan gruesas como estuco.

Virgilio se acercó lentamente. Las redes parecían pulsar ligeramente. Levantó la mano y pasó los dedos por las fibras. Vibraron al tocarlo y sintió un ligero escalofrío en el brazo.

"Hay magia aquí. Más denso. Como si... estuviera esperando."

"No me gusta esto", dijo finalmente Zuri. Su voz temblaba, casi inaudible. "Esta entrada... no parece natural. Es como si estuviera... construido. Como si el lugar se hubiera moldeado alrededor de algo vivo. Y hambriento."

Vergil no respondió. Simplemente levantó la mano y conjuró su lanza de fuego, usando la punta para cortar las espesas redes. El fuego ardía lentamente, como si la seda misma resistiera. Pero aún así, despejó el camino.

Entraron.



El pasaje era estrecho al principio, los muros de piedra presionaban entre sí como garras cerradas. Pero a medida que avanzaban, el corredor se ensanchó, revelando un espacio más grande —y más oscuro—. La luz de la superficie desapareció por completo. Las llamas de la lanza eran ahora la única fuente de iluminación.

Y luego lo vieron.

El nido.

Era como el interior de un organismo. El suelo y el techo estaban cubiertos de gruesas redes que colgaban en hebras pegajosas como venas vivas. Alrededor de la cueva se abrieron habitaciones naturales —cápsulas ovaladas formadas por fibras orgánicas, que pulsaban lentamente. Dentro de ellos, las sombras se movían. Algunos eran pequeños. Otros... más grandes.



Virgilio caminaba lentamente, observando todo con una fascinación que rayaba en lo infantil. Sus ojos escaneaban cada detalle: los capullos, los hilos entrelazados, el resplandor de las larvas demoníacas que aún se estaban formando.

"Estas cosas están en diferentes etapas de maduración," dijo, tocando un capullo que palpitaba bajo su tacto. "Algunos están listos. Otros simplemente se acostaron. Es una línea de producción viva. Una... fábrica de horrores."

Zuri tembló en su hombro. "Quiero salir de aquí. En serio, Virgilio. Hay algo en este lugar que no es sólo magia. Es... más viejo. Más profundo. Huele a una antigua maldición. Esto no es sólo una colmena."

Virgilio avanzó como si cruzara un templo profano. Cada paso hacía palpitar el suelo con un sonido amortiguado y viscoso. Él no miró hacia otro lado. La sensación de ser observado era constante —no por una sola criatura o



presencia, sino por cientos, quizás miles de ojos ocultos en la oscuridad. Con cada giro, con cada pasillo envuelto en seda, la magia se hacía más densa, más pesada. El aire era espeso, casi líquido.

Zuri clavó sus garras en su hombro, con su cuerpo rígido como una piedra.

"Esto está empeorando. Todo está... mal. El tiempo no fluye aquí, Virgilio. ¿No lo sientes? Es como si cada segundo se extendiera."

Vergil asintió, absorto.

"Es un nido. Pero también es un dominio. Ella dio forma a este lugar con su propia esencia. Como si este espacio ya no obedeciera las leyes del mundo natural. Es una extensión de ella."

Con cada metro que avanzaban, el número de capullos aumentaba. Algunos eran pequeños, embrionarios, apenas pulsantes. Otros eran más grandes, con formas visibles retorciéndose en su interior—piernas, colmillos, sombras indistintas y horribles. El sonido ahora era constante: un zumbido bajo y húmedo, como miles de bocas respirando a la vez.

Zuri miró a su alrededor y habló en un tenso susurro:

"Virgilio... estamos dentro de su vientre."

Él se detuvo.

La frase no era poética. Fue literal.



El pasillo por el que caminaban se abrió de repente y se convirtió en una enorme cámara esférica. El techo era alto, abovedado, completamente cubierto por una membrana viva y translúcida, que pulsaba lentamente. Las paredes se ondulaban silenciosamente, como si respiraran. Y en el centro... un mar.

Un mar de huevos.

Toda la habitación estaba llena de ellos. Miles. Quizás más. Eran como burbujas grasosas, ligeramente translúcidas, y en su interior, pequeñas formas parecidas a arañas se movían y se agitaban, algunas ya eclosionaban, otras aún gestaban. Había redes que conectaban cada huevo con delgados canales de energía mágica, como si todos recibieran alimento directamente de una fuente invisible.

Virgilio entró con cautela, evitando tocar nada.



No había suelo visible. Sólo huevos. Apilado encima de los huevos. Dispersos, apilados, apoyados unos contra otros como una cosecha enfermiza. El único camino seguro era una especie de puente orgánico que se elevaba entre las masas y conducía a una estructura más grande en el centro de la cámara —un pedestal grotesco hecho de huesos, conchas y algo parecido a tejido vivo.

Zuri ya no podía mantener la compostura. Todo su cuerpo temblaba.

"Vergil... no deberíamos estar aquí. Esta no es sólo una sala de incubación. Este es un altar. Un santuario. Y esta cantidad de huevos... Si todos eclosionan al mismo tiempo..."

"Relájate... lo he encontrado," dijo, frío pero fascinado. Sus ojos deambulaban de huevo en huevo como si estuviera disfrutando de una macabra exposición



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

de arte. "Aquí estás..." Virgilio sonrió cuando vio algo entre los huevos, o mejor dicho... algo que ya estaba pisando...

Al final de la habitación... el suelo estaba cubierto con todo el cuerpo de esa criatura.

Y Virgilio... miraba directamente a su cabeza.

